

"VISION DE ZARAGOZA EN LA OBRA POETICA DE MANUEL PINILLOS"

por

JOSE LUIS CALVO CARILLA

1. INTRODUCCIÓN

Tememos que parezca un contrasentido presentar a MANUEL PINILLOS.¹ como un poeta ciudadano, siendo, como en realidad es, un poeta irreductible a cualquier localización que no sea la laboriosa urbanización de laberintos interiores y metafísicos. No obstante, su trayectoria poética nos presenta, a modo de círculos concéntricos, una serie de referencias circunstanciales donde la voz del poeta madura y se manifiesta. Círculos concéntricos que se superponen, desde el cuarto, la casa y la ciudad, hasta Aragón, España y el caos vital del mundo en que vivimos.

Y, dentro de esta enumeración de alusiones, la ciudad natal del poeta, Zaragoza, está presente en su obra en varias poesías desperdigadas por sus numerosos libros, pero, sobre todo, es la protagonista única de "*Lugar de origen*".²

Apresurémonos a advertir que nadie espere de PINILLOS una descripción costumbrista de Zaragoza: la ciudad es para el poeta el lugar del canto, *locus* menos *amoenus* que agrídulce, cristalización del sentimiento/re-sentimiento, lugar de la colectividad y de la soledad, anunciación de la muerte y recuerdo del paraíso perdido. Coherentemente con la cosmovisión lírica general del poeta, Zaragoza se nos presenta desenfocada, difuminada, porque el verdadero interés topográfico del poeta reside en la delineación de otras dos ciudades sólo cualitativamente diferentes en apariencia: como en el mundo de las ideas platónicas, Zaragoza nos remite a otra ciudad, soñada o presentida, la ciudad de Dios agustiniana, sólo que Dios y el poeta se identifican en su

¹ Nacido en Zaragoza en el año 1914.

² M. PINILLOS: "*Lugar de origen*". Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.). Zaragoza, 1965.

común y prometeica envergadura "sintiente". Pero, por otra parte, se da también en la poesía de PINILLOS una equivalencia constante entre las dos ciudades anteriormente citadas (la real y la platónica) y su ciudad interior. Las tres se confunden en una sola y su intercómunicación queda reflejada, entre otros, en los versos siguientes:

"Tu ciudad es la otra mía:
aquella que estoy pasando
hacia el no acabar más, hacia
tu alegre calle llevándome.
Tú eres mi belleza eterna.
La noche no existe. Nunca
vendrá si tú no la quieres,
si estás recordándome y
me lo dice el recuerdo".

("Tu ciudad es la otra mía")

Nuestro trabajo pretende, pues, descifrar las diferentes significaciones de Zaragoza en la obra poética de M. PINILLOS. Para ello tomaremos como base su libro *"Lugar de origen"* y completaremos el análisis con las esporádicas visiones de la ciudad que aparecen en composiciones insertas en otros poemarios.

2. VISIÓN EXISTENCIAL DE ZARAGOZA

No es ajena a la obra de M. PINILLOS una importante impronta existencialista. De Quevedo a Heidegger y en línea con cierta temática clave en la poesía unamuniana, el poeta encuentra en el existencialismo el bagaje ideológico mentor de su hermenéutica del ser sobre la tierra. La meditación sobre el dramatismo de la vida humana se concreta empíricamente en Zaragoza, que es cantada como:

2.1. *"La ciudad-madre"*

La visión de Zaragoza como madre aparece ya en esta panorámica desde la lejanía:

"Se ve la urbana tiesura
al fondo: sus casas de blanco,
sus brillos metálicos, las
columnas de humo, el trabajo
dejando sonar ruido de
combustión colmenaria. *Intentamos
mirarla con vista de hijo*".

("En este íntimo minuto")³

3 Salvo indicación contraria, los poemas que citamos pertenecen a *"Lugar de Origen"* y es nuestra la responsabilidad de los subrayados.

La misma imagen materna va unida en ocasiones a la imagen de su prodigalidad múltipara con que llega a engendrar la vida y el caos ciudadano. De ahí que el poeta llegue a llamarla "madrastra".

"Y tu traza de extraña forma, *encinta*
de ensanchamientos y extridores fríos"

("Eres lo que en ti tengo")

"Los barrios, recrecidos como chiquillos
que salen de la cama, tras una enfermedad
lenta, de olvido,
y se los mira, ya tan altos, elevando
sus puñitos apretados hacia la faz de la ciudad,
madrastra suya,
que los tenía relegados a ser pequeños,
a ser definitivamente barrios pobres,
y ellos, ahora, muy robustos,
amontonados con sus fábricas,
con sus frondosos bloques de viviendas,
con sus espacios verdes,
están subiendo en proporciones increíbles,
a la nariz del todo urbano,
estornudándole en bandadas, en agrupados humos,
que acabarán comiéndose esta osamenta
de las privilegiadas calles mayores".

("Los barrios")

Pero también nos presenta cálidas visiones filiales llenas de ternura, como la que anotamos, donde Zaragoza está personificada como una madre anciana:

(...) "Oye,
escúchame nombrarte,
siéntate sosegada al claro sol
y te hablaré este poco de memorias,
y te pondré delante de los ojos
algo que al ser lo mío, realizado
con tu fisonomía maternal,
será también lo tuyo".

("En este íntimo minuto")

Y esta contemplación cobra una dimensión metafísica al asociar el seno materno a la tumba:

(...) "Y luego,
con un aire lejano nos recibe
en su vientre, y un seco y besador
silencio que va ahondándose, envolviéndonos,
le hace más parecerse a toda madre
cuando recoge al hijo del nacer
y al que torna en la muerte,
hallándolo otra vez como su niño;
y él se ve envuelto en la quietud sonante
del origen remoto, y ahí se echa,
y vuelven todas las palabras".

("A la medida")

"Ya es mucho, ya es lo justo para darte
las gracias que te doy
cierta y costosa ciudad mía, madre
que besarás mi frente muerta. ¡El día
que me cubras con tu piedra
el corazón más triste que me quede
y desde ahora te lo ofrezco!

("En este íntimo minuto")

La "*ciudad-madre*", pues, es también la "*ciudad-sepulturera*", que cierra, como en Quedo o en Unamuno, el círculo del eterno regreso.

2.2. "*La ciudad amante*"

Zaragoza es para el poeta la ciudad amante, pero dentro de las valencias que tiene este término en su sistema poético: el amor, como la vida, son el anverso de la muerte. Los siguientes versos nos parecen de un acento hermano al de Vallejo, del César Vallejo de

"La tumba es todavía
un sexo de mujer que atrae al hombre"⁴

"La ciudad, medio niña...

(...)

Aquí en el cuerpo mismo
de la urbana y simétrica corteza,
late el profundo seísmo.
Y, a veces, una enorme, cruelísima belleza
mueve su cataclismo
y enronquece el silencio, y un rayo nos tropieza".

("Tardes de La Romareda en triunfo")

Una ciudad que "debe recorrérsela a un paso, "*posesorio*", de calma", que

"Un tiempo habrá que irás por sus calles metido,
las calles con la niebla que anidará en tu pecho,
y estará realmente como tú la has querido,
y una larga dulzura te acostará en su lecho".

("La parte que aún del todo no se ve")

Pero Zaragoza es simultáneamente la "*ciudad del desamor*". Consecuente con la contradicción que empuja dialécticamente toda su obra, el poeta manifiesta repetidas veces su atracción y su repulsión hacia la ciudad amada: todo el poema "*Eres lo que en ti tengo*" refleja esta bipolarización del sentimiento, y en especial los siguientes versos:

"Ciudad, ciudad, cansadamente te amo.
No me gustas ahora, y sí me gustas.
No me gustas apenas en tu tramo
de bullanguera masa, a que te ajustas:

⁴ C. VALLEJO: "*Heraldos Negros*", poema "Desnudo en barro".

pero siempre te llamo
en la memoria, que te da extendida
cual una noria de otro tiempo, aquella
hora remota donde está mi vida.
(...)
¡Oh ciudad, si te quiero o no te quiero,
tú eres tan mía como lo es mi muerte,
y lo que me va haciendo cuando muero;
en donde necesariamente he de tenerte".
("Eres lo que en ti tengo")

3. SÁTIRA Y ELEGÍA CIUDADANA

Como ha podido comprobarse al llegar a este punto de nuestro trabajo, en la poesía de PINILLOS todos los temas están íntimamente imbricados, de modo que se hace difícil su delimitación. Metodológicamente, pues, establecemos este segundo apartado, que, evidentemente, guarda una gran relación con el anterior. El "amor" y el "desamor" se decantan hacia la sátira y el lamento cuando el poeta de mesiánica clarividencia tiñe su grito del más bronco registro profético o elegíaco. Así, en *"Lugar de origen"*, aunque las alusiones negativas a Zaragoza se minimizan, no por eso dejan de sugerirse sus "escombros", sus "capas de suciedad concreta" o sus "imperantes repugnancias". Fugaces apuntes a los que hay que sumar las numerosas referencias a la masificación, soledad, incomunicación, deshumanización de la ciudad moderna, a la altura de las mejores páginas de Lorca o Alberti.

"Paso a pasó vuelvo, despacio, regreso al alboroto,
me restituyo a la esclavitud, porque habito
en los años duros,
en las capitales del asesinato; en el cementerio de los vivos".
("Por el cementerio")⁵

Todo su poemario *"La muerte o la vida"* es un raro ejemplo de descarnado grito escasamente acompañado en la poesía de posguerra. De él destacamos la desoladora visión de una Zaragoza arrasada por los desastres de la guerra fratricida:

"Como cuervos sus colas de fuego merodean
tu afrenta, ciudad negra, ciudad desgarrada.
Una larga estela de destrozo,
en tu carne de castigo,
flota batida por el cierzo.

¡Ay!, tus plazas, tus hermosas plazas
de viejas arenas y viejos palomares,
y allí tus torreones descarnados
que agarrotadas alas se dejan en el cielo.

5 M. PINILLOS: *"La muerte o la vida"*. Col. "Doña Endrina". Guadalajara, 1955.

¡Este horror perpetrado en tu delicia,
provincial madre nuestra cariñosa, humeando!
Se adensa la quietud de tus calles desiertas
rebotando en la tarde abandonada y sola.
(...)

Yo clamo tu clamor, tu látigo celeste, tu humillación de hembra,
el pánico ancestral que te desplaza.
Clamo sobre tus piedras y tus gentes
ordenadas en escombros,
clamo sobre tus hombres fugitivos
o esa desgarradura de tu montón de muertos
que ya no serán pasos
de tus entristecidas aceras, de tus cármenes,
convertidos en páramo, en terror extendido;
en espacio doliente encadenado.

("Por la ciudad bombardeada")⁶

La rutina de la vida ciudadana, trascendida como es habitual por la óptica del poeta, le inspira el poema "Costumbre de andar por la ciudad acostumbrada" que no nos resistimos a transcribir en su totalidad:

"Piensa, amigo, en el arco augusto
donde la nube se junta con lo azul armonioso,
entre remoto y cercanísimo. Piensa
en el arrebató de los aires sumidores
y su calma al tocar el estanque de las plazas.
Yo también pienso en ello,
y a la suave luz de la lámpara
mido el esplendor divino en cualquier
vasija de aceite en el hogar tranquilo,
y me alio a la vida urbana
como si estuviese en el portalón de la gloria,
mientras —si me descuido— una mancha de lustros
delgados y tenaces, insípida y confusa,
me sume en la monotonía que apelmaza.

La rehúyo al tiempo que inevitablemente
la respiro y me respira. Ella se dona
su serpenteo y su gruñido de luces
y me va dando cuenta, no con mucha pleitesía,
de que me tiene cavada una estrecha forma de tumba
para mañana no más tarde.
Mientras,
con esta benévola paciencia con que admito
que me maten por la espalda, le aplaudo el gusto
que tiene de irme haciendo la vida dolorosa,
le ciño su corpiño de brisa con dedos casi amantes
y le entrego mi espíritu
para que lindamente lo despedace con sus fauces viejas.
Voy acabando en su perímetro
que aúlla con el conocido acento
y a un tiempo mismo me abraza y desnuda.

⁶ "La muerte o la vida". Véase también en el mismo libro el poema "La estéril sequedad de las ruinas".

Visión de Zaragoza en la obra poética de Manuel Pinillos

Acaso algún día sea alabado
como apaleado hijo a la antigua usanza,
título para llevar enmarcado básicamente
bajo una frondosidad de laureles en las sienes padecidas”⁷.

Y en ocasiones la voz del poeta se reviste de los acordes elegiacos más sombríos, como en el poema donde recrimina a *Azogaraz* (esta Sinera aragonesa) el que se le fuera de entre las manos la vida de un poeta amigo: Miguel Labordeta:

“¿Aplastado del todo iba;
mortal era
lo que a él, menos mortal que otros,
le pesaba
como un nombre irresistible?
Ah Azogaraz, fúnebre semblante
maquillado de luces,
aniquiladora dolencia clavada en las sienes,
¿cómo evadirse
de tu enorme, frigidísimo clavo?
¿Cómo evitar ese duradero
hincamiento en los ojos,
o el ahogo
que llevas a las venas sufridas,
en un ramalazo desgajado del ciclón
que por todo el territorio inmediato
silenciosamente rugen?”

(“Acabado en el fangoso sendero”)⁸

4. EL LUGAR DE LO COLECTIVO

Pues la soledad, la incomunicación, la tristeza quedan compensadas por la visión de Zaragoza como lugar de lo humano, del amor compartido, del silencio y del recogimiento... La calle es lugar de fiesta y punto de confluencia de “la voz reunida”, y la ciudad es “la suprema voz que habla”, la que resume y reasume el canto colectivo:

“Más allá de esta o aquella voz
la ciudad es la suma voz que habla.
No dice más ni dice menos que
lo que queremos que nos cuente. Esconde
el rostro en la medida en que escondemos
el modo de mirarla. Se la puede
oir hasta la médula y no oírle
ni una sola canción. Sabe encerrarse
cuando nos gusta su callada forma
de contemplarnos sin hablar. Se ríe

7 M. PINILLOS: “*Sitiado en la orilla*” Col. Puyal. Zaragoza, 1976.

8 M. PINILLOS: “*Hasta aquí, del edén*”. Zaragoza, 1970.

José Luis Calvo Carilla

en el segundo en que nos alegramos
de ver que está otra vez ahí, volviendo
siempre la cara y siempre yendo a un paso
de nosotros, delante".

("A la medida")

5. LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS

Habla la ciudad, hablan sus calles y plazas, y el poeta entabla con ellas un machadiano diálogo⁹. Zaragoza es la ciudad soñada, la que lleva dentro de sí...

(...) "quiero
contarte, mi ciudad, cómo te pienso,
cómo te oigo dentro y fuera, cómo
eres en mí"

("En este íntimo minuto")

Es un diálogo de memoria ("mi recuerdo unido a tu recuerdo"), ensoñación sonámbula teñida por la melancolía de saberse herido por el tiempo, como la ciudad, como el manriqueño Ebro, "hermano mayor" del poeta, cuyo mar envidia:

"¿Por qué, ciudad, no tienes tú un mar cerca,
que pueda respirarse y sosegarse
en la llanura de tu rostro, terca
en no tener un mar donde arrojarse?"

("Tú que estás lejos de algún mar")

6. REFERENCIAS ESPECIFICAMENTE URBANAS

"*Lugar de origen*" contiene todo un inventario de lugares zaragozanos conocidos. Aparecen *los pinares de Venecia*, lugar de reposo y de amor; *el Cementerio de Torrero*, "esa ciudad de hierba" que recuerda al poeta sus ciudades; *la Plaza de Toros* y *el campo de La Romareda*, lugares de tragedia y alucinación colectiva, pero también de solidaridad; *la Plaza de España*, "el vasto mundo" y "lo bello, lo materno, lo sencillo", *el Ebro*...

El hechizo de tantos nombres entrañables convoca al logos sintiente del poeta, que se revela en su "lugar de origen", que proyecta y resume por medio de estas circunstanciales referencias ciudadanas todo su mundo poético.

Pero también se nos da la magia de los nombres sencillos, humildes, de "la plaza", "el pinar", "los puentes", "la calle" ("Cada calle nos dice algo igual a una rosa"), "los huertos", oasis amenazados por futuras

⁹ Ensoñación machadiana es también su visión de la ciudad teñida de melancolía, a veces desde los sueños, a veces en la tarde, a veces utilizando los mismos clichés del poeta andaluz. Véase a este respecto el símbolo de la noria o el significativo poema "Las viejas y encantadoras moscas".

construcciones, las calles de Zaragoza en fiestas... que son pintados con la candorosa ingenuidad de un primitivo o con placidez renacentista o tal vez guilleniana en ocasiones, si no fuera por el trasfondo existencial que los corroe: Zaragoza es la ciudad soñada, la ciudad en el recuerdo, pero también la ciudad en el tiempo: en un tiempo limitado a la vida y a la voz del poeta, y dejará de existir para él cuando él desaparezca.

7. FINAL

No estamos seguros de que este rápido bosquejo haya agotado los significados de Zaragoza en la poesía de M. PINILLOS. Tendríamos que hablar también de otras visiones, como "la ciudad mítica", "la ciudad arcádica", etc. No obstante, creemos haber destacado las más importantes.

Por otra parte, las reiteraciones han tenido que ser forzosas en nuestro análisis, ya que la coherencia de la cosmovisión poética de PINILLOS no admite cortes ni parcelaciones independientes del todo que las aglutina. Por la misma razón, y a pesar de las variadas referencias urbanas que aparecen en su poesía, éstas sólo son ocasionalmente captadas por el poeta como marco para su meditación, pues su sentimiento se orienta hacia lo esencial y universal humano.

Así, pues, hemos visto que Zaragoza es líricamente transfigurada como ciudad del origen y del fin, del primer nacimiento y del último, de la vida y de la muerte, de la voz y del silencio, del yo y del vosotros, de la alegría y de la tristeza, del sueño y del despertar, de la esperanza y de la desesperanza...

Zaragoza supone para el poeta un frustrado intento de materializar la conciliación de aspiraciones espirituales opuestas, a partir de esa bisagra antitética que lo desgarras.

Por lo que no hay que ir a buscar en su poesía una visión topográfica de Zaragoza, sino una visión interiorizada, como en segundo plano, reflejo de sus otras dos ciudades. Porque, en definitiva, y aunque el poeta posea el don de la ubicuidad residencial, Zaragoza es tan sólo una estación más de su bifronte peregrinar sobre la tierra: "viajero interior" es el poeta, y todas las alusiones exteriores serán siempre un mero pretexto para el viaje¹⁰.

¹⁰ Esta idea, vertebradora de toda la poesía de M. PINILLOS, se halla espléndidamente desarrollada en su último libro, y en nuestra opinión uno de los mejores del poeta. ("*Viajero interior*". Taller de Poesía Bóveda. Borja, 1980. Ilustrado con 12 grabados de JAVIER DE PEDRO). Posiblemente el poeta aludía a este libro sin saberlo cuando escribió: "Aunque escriba mil libros, sólo uno reflejará mi luz en curso" (En M. PINILLOS: "*Nada es del todo*". Col. Poemas. Zaragoza, 1963, pág. 180).